

núm
56

JUEVES
CINEMATOGRAFICOS

marzo
29
1928

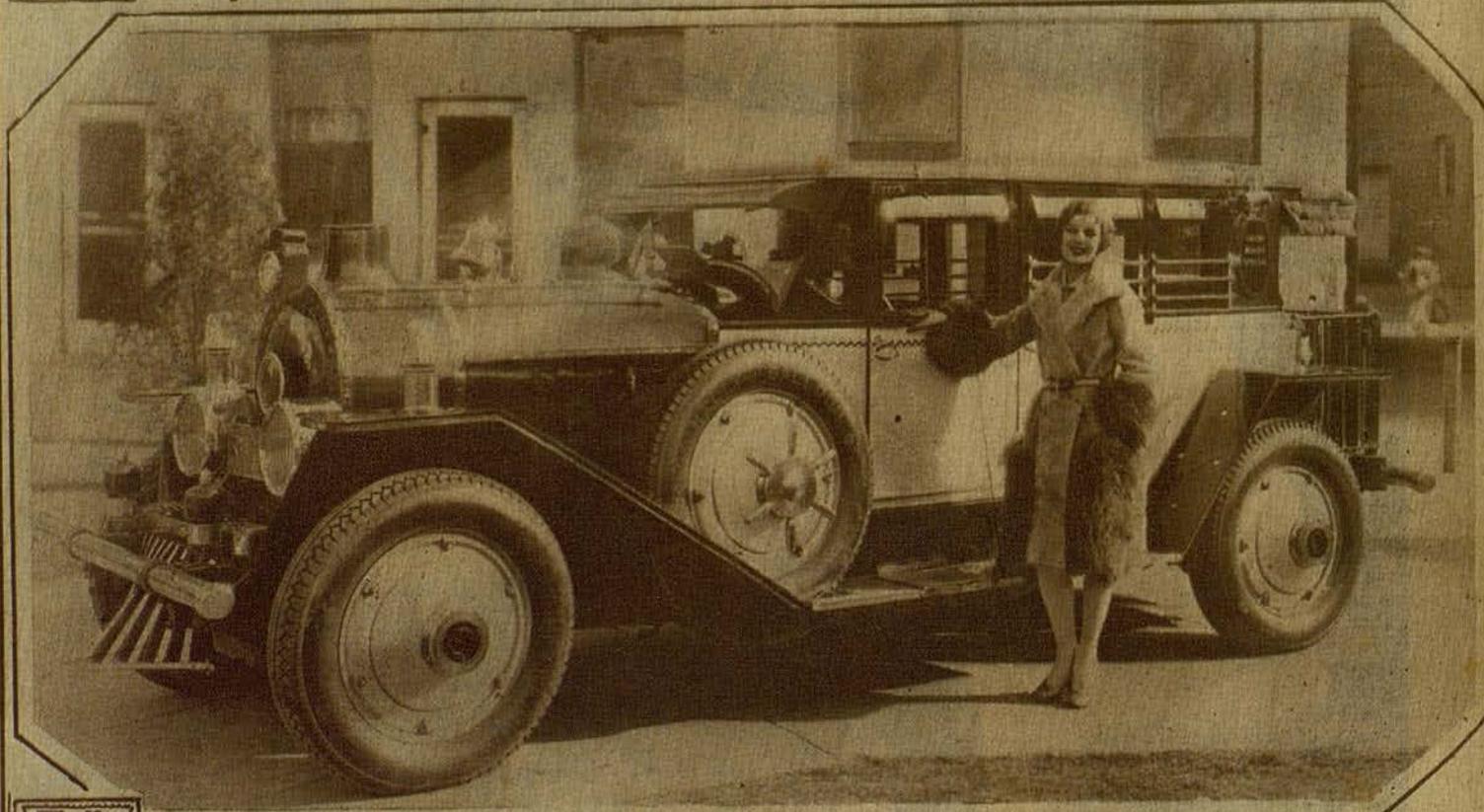
El Día Gráfico



*Olive Borden y Jacques Lerner
en una escena del film Fox, "Habla el mono."*



George O'Brien y Virginia Valli contemplando modernos horizontes.



Loretta Young, nueva estrella de la M. G. M. con su original automóvil.



Olive Brook y Billie Dove en la producción First National "The Yellow Lily"

Maria Dressler, actriz cómica de la M. G. M.





Hula-Alice White, en "Harold Teen" de la First National.

ARGUMENTOS DE PELICULAS

El invencible Spaventa

Silvio Spaventa, a quien el público denominaba «El Invencible», era un artista célebre en ambos hemisferios. Con su novia, la bellísima Rina, y las quince «girls» llamadas las doradas, era en el momento que nos ocupa, la principal atracción del Circo Rossi.

Esta atracción, el colmo de la audacia, que hacía que toda la población se congregara en el circo para contemplarla, consistía en escaparse el susodicho Silvio de una jaula esférica suspendida en el centro del circo y en la que previamente se le metía, convenientemente encadenado. La jaula, al cabo de treinta segundos, o para hablar con más propiedad, de treinta movimientos de péndulo por medio de un dispositivo especial, se desprendía por sí sola, yendo a estrellarse contra el suelo.

Una tarde, el circo estaba lleno a rebosar, cuando apareció Spaventa.

—Señoras, señores, dijo como de costumbre, estoy dispuesto a dejarme encadenar, ligar, y esposar como ustedes gusten, en la inteligencia de que dejaré defraudadas las esperanzas del que crea que no he de poder librarme de tan enojosa carga.

Precisamente entre los espectadores se hallaba el célebre Henry Van Teelen, que en aquel momento tenía bajo su custodia, la corona mingreliana, de un valor aproximado de treinta millones de francos, y a su lado el prefecto de Policía.

Spaventa, fuertemente encadenado, ocupó su puesto en la bola de acero.

En el momento en que la susodicha bola llevaba treinta movimientos de péndulo, cayó al suelo con estrépito estrellándose contra el pavimento del circo. Hubo un movimiento de estupor. El artista había desaparecido.

—Este Spaventa es un hombre de una audacia y sobre todo de una destreza extraordinarias, dijo el prefecto.

—Me han asegurado que no hay ninguna clase de cerradura que le resista, replicó Van Teelen.

—¿Tampoco la de su famosa caja de caudales, donde cada día encierra usted las joyas de la corona mingreliana?

—Apuesto cualquier cosa a que este demonio consigue abrirla.

En el transcurso de la representación se remitió a Spaventa una tarjeta con el nombre de Henry Van Teelen, joyero, en la cual estaba escrito lo siguiente:

«¿Quiere usted ayudarme a ganar una apuesta contra el prefecto de Policía? Yo afirmo, que usted es muy capaz de abrir la cerradura de mi caja y él sostiene que no es posible; agradeceré sea tan amable que se tome la molestia de venir a demostrarlo. Mi coche está a su disposición.»

—Muchachos, exclamó Spaventa después de haber leído aquella original esquela; me ha salido un negocio... ¡Me proponen para una plaza de ladrón!..

—No pierdas esta ocasión... Es una publicidad maravillosa, le dijeron los otros artistas del circo.

Spaventa, no obstante, vacilaba.

—Después de todo, se comprende que vacile y que tenga sus dudas, dijo uno de ellos ino se abre una caja de caudales como si se tratara de una lata de sardinas!

—Así, pues, ¿no me cree usted capaz de abrir la caja? Nada más que por esa duda, acepto lo que me proponen.

Y «El Invencible» se fué a las señas indicadas en la tarjeta, donde,

ante una numerosa concurrencia, asombrada, consiguió abrir la caja.

—Admiro su destreza profundamente, dijo Van Teelen ¿sería usted tan amable que me aceptara una copa de champagne?

—Con mucho gusto, pero, después de mi matrimonio, ya que mañana me caso...

Al día siguiente y en el preciso momento de irse a la alcaldía, recibió Spaventa la carta siguiente:

«Señor Spaventa. Presente. ¿Podría usted venir inmediatamente a casa? Me es de todo punto imposible abrir la caja y como tengo absoluta necesidad de abrirla para sacar joyas y mostrárselas a un comprador, es por lo que me atrevo a solicitar urgentemente su auxilio, para que venga en mi ayuda.

Cuento con usted y con su discreción. Reciba mis saludos y mi felicitación anticipada por su indiscutible éxito.—Henry Van Teelen».

Esta carta no era otra cosa que un cepto en el que se quería hacer caer a Spaventa.

Había una banda de malhechores que hacía tiempo que no perdían de vista las alhajas y su jefe había pensado servirse del artista para conseguir sus fines.

Spaventa, hecho cómplice involuntario, fué sorprendido en el preciso momento en que intentaba abrir la caja.

—¿Se imaginan ustedes que quería robar las alhajas? Encuentro esta creencia demasiado absurda para permanecer impasible sin intentar defenderme, dijo.

Y antes de que la policía pudiera poner sus manos sobre él, Spaventa escapó con gran asombro de aquélla, que no concebía cómo lo había logrado.

Había resuelto probar su buena fe, deteniendo a los verdaderos culpables, a la banda de malhechores.

Estos se defendieron, empezando por raptar a la hermosa Rina, con la que Spaventa debía contraer matrimonio.

Después de inverosímiles proezas, pudo librar a su novia, y dar con la guarida de los bandidos; pero la policía le seguía de cerca los pasos. A causa de una denuncia fué detenido... no mucho tiempo sin embargo.

El joyero Van Teelen recibió el siguiente lacónico billete:

«Distinguido señor: Me veo obligado a asistir a la representación de esta noche, pero me permito invitarle, si quiere verme, a venir a las cuatro de la madrugada al muelle del Norte, frente al yate «Santa».—Spaventa».

La dirección del circo acababa de anunciar su propósito de reembolsar al que no estuviera conforme con el cartel de aquella noche, ya que en él, se omitía el número más sensacional: «El Invencible Spaventa».

El escándalo que armó el público fué inenarrable.

—¡Queremos ver a Spaventa! ¡Que salga Spaventa!—gritaban.

Todas las puertas del circo estaban custodiadas por la policía.

De pronto, allá abajo, por la parte correspondiente a la puerta de entrada de los artistas, se oyó un confuso rumor, que luego fué haciéndose más perceptible.

—¡Ahora viene; ahí está!...—exclamaron algunos.

Y Spaventa irrumpió en la pista del circo con Rina y su «troupe» de «girls».

Una salva de aplausos sinceros y frenéticos estalló en el circo, lleno a rebosar.

—¡Bravo Spaventa! ¡Hurrah por Spaventa!

—Consiguieron detenerme, dijo el artista volviéndose disimuladamente hacia el director, mientras una fina sonrisa vagaba por sus labios; pero como no quería faltar a la representación, es decir, a los deberes que determinadas cláusulas de mi contrato me imponen, me he visto precisado a escapar, y aquí estoy!

Y, con una agilidad de simio subió a la bola de acero que allá en el techo del circo le esperaba.

Mientras tanto, la voz de alguien que estaba en el centro de la pista gritaba:

DETRAS DE LA PANTALLA

La boga de los generos cinematográficos

La moda de los trajes femeninos no cambia tan rápidamente como el estilo de las películas. Con demasiada frecuencia los dedos acusadores del mundo señalan con desdén aquello que a primera vista parece una disposición gregaria de parte de las compañías de cinema. Por ejemplo, si una compañía produce alguna buena película de guerra, como «El Gran Desfile», surge inmediatamente una serie entera de producciones por el mismo estilo, hasta que el público se hastia y busca otra clase de películas.

Se ha comprobado, sin embargo, que este fenómeno de la industria cinematográfica no se origina, como parece, en la tendencia de los Estudios a copiar las películas que obtuvieron mayor éxito.

Las compañías de cinema afirman que el gusto del público se manifiesta por ciclos, y que a los directores de la producción corresponde adivinar la popularidad de que determinado «tipo» de películas está destinado a alcanzar, mucho tiempo antes de que se defina, esta preferencia. La producción y distribución de una cinta requiere de cuatro meses a un año, si no período mucho más prolongado de tiempo; de allí que las compañías productoras necesitan tener algo de profetas para prever de antemano el gusto del público al escoger un nuevo tema para la pantalla.

Y lo más complicado de la predicción consiste en que no solamente agrada cierta clase de películas en momentos determinados, sino muchas clases. Ahora, por ejemplo, la película de guerra está perdiendo rápidamente su popularidad, y el público del cinema prefiere producciones jocosas, por el estilo de aquellas en que figura una pareja de estrellas, tales como las de Karl Dane y George K. Arthur o las de Raymond Hatton y Wallave Berry.

La comedia de argumento ligeramente escabroso está volviendo asimismo a recobrar su boga, pero en estilo más festivo que las comedias de alto mundo de otros tiempos en que siempre figuraba un trío de personajes cínicos y frívolos. Las nuevas

—¡En nombre de la ley, daos prisa! ¡Descended!

En los aires, Spaventa y su «troupe» ejecutaban el número como si nada anormal ocurriera. Pero después de la representación, no olvidó su promesa y cual cumple a un caballero de palabra fué a la cita con el joyero y... los bandidos.

Estos, confundidos, fueron detenidos, y Spaventa olvidó pronto los percances y molestias sufridos en compañía de su encantadora Rina.

comedias de la vida mundana son menos cargadas de ironía y de cinismo, pero están, en cambio, llenas de vivacidad y sa'ero. Las mejores piezas de esta clase han sido creadas por la Metro-Goldwyn-Mayer en la serie de comedias en que Lew Cody y Alleen Pringle hacen el papel de protagonistas. El director Robert Z. Leonard es particularmente aficionado a este género; dirigió «Té para tres», «Cambio de mujeres» y «El pecado de Adán».

Tod Browning, el director que imprime aquel sello misterioso a las películas de Lon Chaney, ha previsto además otra tendencia. Pronostica el éxito de la película del crimen, por el estilo de las novelas de detectives que se venden por millares en las librerías. De acuerdo con esta profecía, la próxima película de Lon Chaney, con éste de estrella y Marceline Day y Betty Compson en los roles femeninos principales, será «Los antrax del crimen», una película de ladrones. Otra conocida cinta de Lon Chaney: «Londres después de medianoche», tiene asimismo tema policiaco.

Las producciones de espectáculos grandiosos, que llegaron a la culminación de su triunfo con «Ben-Hur», han perdido ya su boga en la actualidad. «Ben-Hur», siendo una pieza favorita en la pantalla, del mismo modo que lo fué en las tablas; pero sus congéneres del arte cinematográfico, en que se hace uso de escenarios antiguos para argumentos insignificantes, no han cosechado iguales triunfos que esta grandiosa producción de los tiempos de Cristo.

La película de deportes, por otra parte, ha establecido su popularidad hace tiempo y no se ven todavía señales de su decadencia. En la mayor parte de estas películas la acción se desarrolla en alguna Universidad, y reciben, por lo tanto, su acogida más ferviente entre la joven generación. William Haines descuella en esta clase de producciones.

Las historias tropicales desarrolladas en escenario tropical, que ocuparon lugar prominente en la boga cinematográfica hace algunos años, parece que está recobrando su popularidad. «Sombras blancas en el mar del Sur» es prueba brillante de esta aserción.

Rusia y las obras de Tolstoi gozan de especial favor en la actualidad. «Resurrección» tuvo un éxito enorme, y luego vinieron Greta Garbo y John Gilbert en «Anna Karenina», adaptación de la novela del famoso escritor ruso. Gilbert es también protagonista de otra interesante película rusa: «Los cosacos».

La predilección por ciertas películas se manifiesta y desaparece por épocas, lo mismo que pasa con los trajes y los muebles, y es hábil, por cierto, el director capaz de prever la orientación del gusto del público con seis meses de anticipación.

¡Las estrellas del cinema comen!

Algunos fervidos admiradores de las estrellas de la pantalla las juzgan tan espirituales como las sílfides y silfes que se alimentan del aire. Para probar a esos entusiastas que sus favoritos del cinema son seres de carne y hueso, revelaremos aquí los platos predilectos y muy terrenales que hacen las delicias de los artistas de la escena muda.

¿Qué comen las estrellas?

Mr. Frances J. Edwards, jefe del famoso restaurant de los Estudios de la Metro-Goldw-Mayer, lo sabe al dedillo.

«El Café de los Pielos Rojas», llama la colonia del cinema a esta nueva fonda. La denominación no se debe a que aparezcan en torno de las mesas muchos rostros pintarrajeados o con tocado de plumas, sino a los antepasados indios de Mrs. Edwards.

«Tengo mucho de indio en aquello de saber exactamente lo que les gusta comer a mis parroquianos», dice Mrs. Edwards. «Quiero que salgan de aquí sonrientes y satisfechos. Y el secreto consiste en descubrir sus predilecciones y sus antipatías en cuestión de menú... y recordarle la próxima vez».

Según las observaciones de Mrs. Edwards, el diminuto actor cómico escocés, eGorge K. Arthur, tiene locura por el pescado. Se deleita con el bacalao, el sollo y la langosta. Y a fuer de postre, corona siempre sus comidas con una copiosa ración de budín.

El plato de resistencia de John Gilbert es jigote de carne salada con huevos escalfados. Un emparedado especial de queso suizo, jamón a la parrilla, gallina y berzas, rociado con cerveza, es otro de sus platos favoritos. Esperamos que estas prosaicas aficiones de la estrella más romántica de la pantalla no desilusione a nuestros lectores.

Pollyn Moran se lanza a los estofados, de cualquier clase que sean, para satisfacer su robusto apetito escocés. Desdén el té, y mientras más cargado está el café con más gusto lo paladea.

La menuda Marcelaine Day come como un pajarito, alimentándose principalmente de ensalada de pe-

chuga de gallina. Unos sorbos de te indio completan su almuerzo.

Ralph Forbes está a dieta. Sus comidas consisten de huevos pasados por agua o un poco de mermelada en una rabanada de pan tostado y un vaso de leche pura.

El coronel Tim McCoy es la deseseración de las camareras del restaurant. Toma solamente galletas o un emparedado de gallina con un vaso de leche.

Lee Moran ordena chuletas de cordero «a la Jack Gilbert»—plato que, diremos de paso jamás prueba Gilbert—o pide lomo de puerco aderezado con cebollas. Siempre toma sopa en sus comidas.

La selección de Norma Shearer es tal vez la mejor para toda joven que desee conservar su esbeltez al mismo tiempo que su vitalidad. Almuerza generalmente chuletas de cordero, zanahorias cocidas, pastel de pasas y te negro. Otro de sus platos predilectos es pastel de piña con queso de crema.

Lew Cody rompe todas las tradiciones con sus copiosas órdenes de carne salada y berzas. Es también aficionado al pescado y a las espinacas. Siempre toma te negro en las comidas.

Gwen Lee es la parroquiana más fácil de satisfacer. Toma caldo de gallina todos los días, y luego señala cualquiera de los platos marcados «especial» con grandes letras en la lista.

Owen Moore comienza con lechuga aderezada con una salsa de Roquefort y medio aguacate. Siguen chuletas de cordero, si es que no hay pescado en la lista.

Karl Dane inicia siempre sus comidas con algún entremés seguido de chuletas de vaca y ligeramente asadas.

El almuerzo acostumbrado de Lon Chaney es un emparedado de carne picada. La mezcla con su propia ensalada de zanahorias crudas, apio y rebanadas de coles, aderezada con vinagre, salsa de tomate, sal y pimienta.

Joan Crawford almuerza una gelatina fría de consommé, salpimentada de mostaza y acompañada de galle-

tas. Como postre ordena siempre pastel de manzanas, se come la fruta y deja la pasta.

William Haines no puede sentarse tranquilo a comer. Echa mano a un emparedado de gallina y se lanza en busca de «los compañeros» para contarles el último chiste antes de que regresen al Estudio.

Los actores y actrices no son, sin embargo, los únicos parroquianos del restaurant.

Joe Farnum, redactor en jefe de los títulos de las escenas, se devora sendos platos de sopa de ostras, con diez y ocho ostras por ración.

Ruth Harriet Louise, fotógrafa de los artistas, mosdisquea tomates con boquerones.

Pero Waldemar Young, director de escenarios, se lleva la palma entre los parroquianos del café, ordenando ración doble de toda la lista, desde el lomo a la parrilla hasta el helado.

«Por regla general creo que las mujeres comen más que los hombres... —añade Mrs. Edwards—y eso que aquí, naturalmente, pagan ellas su gasto.»

Ahora bien, amigo lector, si quieres adquirir reputación como las estrellas del cinema, no tienes más que seguir la misma alimentación que tu favorita.

La «estrella» masculina de «Coquette»

Mary Pickford ha escogido a Johnny Mc Brown para el principal rol masculino de su próxima producción hablada «Coquette». Se ha confiado a George Irving, conocido actor de teatro, el rol de abogado y amigo de la familia.

Johnny Mc Brown es miembro del team de fútbol de la Universidad de Alabama. Su primer papel importante lo hizo con Marion Davies. Trabajó también en «La Mujer Divina», «Una mujer de negocios», etc. Nació en Dothan, Alabama.

En los trece años en que George Irving trabajó en el teatro tuvo ocasión de hacerlo con algunas de las primeras figuras teatrales de la última generación, entre las que se encuentran Maude Adams, William Gillette, Henry Miller, y Charles Fro-

DE MEJICO A HOLLYWOOD

MI MARAVILLOSA AVENTURA

por DOLORES DEL RIO

Las cosas más bellas del mundo no son precisamente las que proyectamos, sino las que inopinadamente tienen lugar. Esta reflexión nos la hacíamos mi marido y yo, en el transcurso de una reunión, mientras bailábamos el tango, dada en mi casa con motivo de la primera proyección de mi última película en el «Carthay Circle». Fué una reunión magnífica que congregó en nuestros salones al todo Hollywood. Water Pidgeon, ex actor de opereta, cantó lo mismo que Vivian Oakland. Pues, como decía antes, bailando ese tango ante nuestros doscientos y pico invitados, Jamie me recordó otro tango que no hacía mucho, bailamos ambos en nuestra antigua morada.

Aquel tango fué precisamente el que cambió el curso de nuestra vida y de nuestro destino.

Para remontarnos hasta la fuente de esta verdadera novela, que no de otro modo puede calificarse lo sucedido, es preciso que con la imaginación les conduzca a ustedes hasta el desierto con Claire Windsor y Bert Lytell. Habían ido allí a rodar un film y el sol y la luna del desierto habían operado una acción tan mágica sobre ambos, que determinaron irse a Méjico a terminar de pasar su luna de miel. Allí se encontraron con uno de mis amigos que les dijo un día: «Hasta ahora ustedes no han visto más que los lugares de placer y recreo de la ciudad; es preciso que vean también una verdadera morada mejicana y su dueña, mejicana también.

Luego me llamaron por teléfono y casi casi oí que me decían las mismas palabras; mi primera pregunta fué para saber si esas personas serían mis huéspedes para la hora del te. ¡Claro que la reunión era para el tel!

Inmediatamente telefoneé a mis bellas amigas diciéndoles que las esperaba para una gran reunión que iba a tener lugar en mi casa a la hora antes indicada. Todo salió a pedir de boca; de modo que cuando llegaron mis celebridades de Hollywood entre las que se encontraba el productor M. Carewe, se hallaron ante una verdadera asamblea mejicana que

los recibió cordialísimamente. Luego me dijeron que guardan un impecadero recuerdo de aquella tarde.

Ellos bailaron primero su fox-trot y nosotros les hicimos saborear las dulzuras de nuestro cadencioso tango. Jamie lo baila maravillosamente; en cuanto a mí, es la danza que prefiero entre todas las demás.

Clara Windsor fué la primera que nos aplaudió entusiasmada, batiendo sin cesar sus hermosas y diminutas manos, una vez hubimos terminado nuestra danza - exhibición luego, M. Carewe me examinó atentamente, y me dijo: «Usted debería hacer películas». Esto me hizo prorrumpir en una sonora carcajada. En aquel momento no me di cuenta de que un director de Hollywood no puede dedicar a una mujer un elogio más agradable que aquél. No me imaginé que hablara seriamente, así como tampoco pude presumir que de vuelta a Hollywood, pondría en juego todos los resortes para hacerme ir a la ciudad del film.

Eran las doce de la noche cuando nuestra reunión, que había empezado a las cinco de la tarde por un te, terminaba después de bailar ni sé los «quilómetros de tango».

Y, ahora, vednos «tanguéándonos» en Hollywood, entre una alegre concurrencia que no conocimos en Méjico más que como figuras fantásticas de la pantalla. Y, sin embargo, yo también soy, ahora, una de esas figuras. Eso en un principio me pareció tan maravilloso, «tan de cuento de hadas» que sólo el pensarlo me produce una nerviosidad que me corta la respiración.

Si la veleidosa fortuna no me hubiera elegido como una de sus sacerdotisas, yo no sería más que la señora del Río, una joven dama mejicana. Y eso significa mucho más — y mucho menos — de lo que una americana o inglesa puede figurarse. Ramón Navarro me contaba el otro día que una vez en Durango — donde yo nací también — había subido al tejado de una casa, a riesgo de romperse el cuello, solamente por ver, en el jardín de la casa de enfrente, a la joven que la habitaba, de la que estaba perdidamente enamorado.

Los americanos que se hallaban con nosotros en el momento de contar este episodio, rieron a más y mejor; yo, por mi parte, ni me reí ni me río, ya que las cosas en nuestro Méjico son así. Afortunadamente para mí, mi padre, que era banquero, viajaba mucho, de modo que yo tenía mucha más libertad que la mayor parte de las jóvenes de mi condición. Cuando niña fuí muy mimada. Mis padres me llevaron a París, luego a Roma, y, como me gustaba mucho bailar, tenía lección especial de danza combinada con las demás lecciones. Sin embargo, evitaban cuidadosamente todo contacto con hombres, de manera que puedo asegurar que Jamie del Río fué el primer hombre, después de mi padre, que yo conocí.

Estaba entonces estudiando en un convento y volví a la casa paterna para pasar las vacaciones. En el momento en que entraba, Jamie salía y nos encontramos a la caída de la tarde en el gran hall, fresco y aireado. ¡Oh! ¡La mirada que cambiamos! Actualmente me dice todavía que yo era la muchacha más encantadora que jamás había visto, no obstante haber viajado por más de medio mundo, lo que constituye, después de lo que había visto un maravilloso píropo. A lo que yo también respondo que él era el hombre más guapo y más interesante que jamás vi, aunque en realidad nunca vi a más hombre que a mi padre, lo que no deja de ser un cumplimento que siempre le ha hecho reír. Aquello fué de prisa, como la zigzagueante luz de un relámpago. Jamie, según la costumbre mejicana, pidió a mi padre mi mano, y todo se arregló sin consultar conmigo. Eso llenaría de horror a una joven americana o inglesa. A mí esto no me preocupó grandemente. Yo tuve más suerte que la mayor parte de las jóvenes mejicanas, porque estaba enamorada de mi futuro marido antes que nos presentaran previamente.

Cuando nos casamos acababa yo de cumplir diez y seis años. Jamie me llevó a una gran casa, llena de criados. Mi corazón, cuando entré en ella, latía aceleradamente a causa de la in-

tensa emoción que me dominaba, pero me esforcé en aparecer tranquila y digna. No obstante, presentía, que con mis cabellos todavía colgando, no podía tener la suficiente dignidad que la alta jerarquía de dueña de casa imponía, por lo que decidí «elevarlos» peinándome como las damas y esto me alentó y hasta diré que me sentí más mujer, con la autoridad que corresponde a quien tiene el sacrosanto deber de guiar los destinos de un hogar.

Nunca me he cortado el cabello. Admito que esa moda es muy bonita, ¡qué duda cabe!, pero de la misma manera que soy mejicana y quiero a mi marido fuerte y guapo para protegerme, soy también mejicana para desear parecer enteramente mujer, lo que no ocurriría si hubiera sacrificado mi cabellera.

Y, a este propósito, voy a contarle lo que un día le dije a Victor McLaglen, cuando juntos rodábamos «El precio de la gloria». Me había quedado muy morena por los baños de sol y de mar durante unas vacaciones en Santa Mónica, y él, alto y fornido y amante de la vida a pleno aire, aprobaba con visibles muestras de agrado el color por mí adoptado. «Ahora, me dijo, tiene usted todo el aire de una deportista. Vamos a hacer de usted una verdadera «garçonne» americana». Le respondí que estaba completamente equivocado y que si me había dejado tostar por el sol, no era desde el punto de vista salutar, sino porque mi traje blanco de «soirée» sentaba mejor a este mi color. Esta respuesta le dejó perplejo.

Yo creo que la mitad de mis éxitos los debo a mi feminidad. Soy una planta exótica trasladada a ese país de hadas que se llama California. Casi todas las mujeres hermosas, allí parecen reunir las cualidades que en Méjico consideramos indispensables para nuestros hombres. A mí me gustan mucho y las amo con ternura de hermana, pero su independencia me crispa los nervios.

La primera vez que salí completamente sola en Hollywood, constituyó para mí una gran aventura, que me pareció peligrosa, ya que, yo nunca había salido sola a la calle. Ahora me paseo sola y frecuento los «boulevards» y almacenes de Hollywood, pero en el fondo yo misma no acierto a explicarme mi audacia.

Afortunadamente, mi marido, que es bohemio, es un hombre bueno e inteligente, y si a esto se añade que sus estudios los hizo en Inglaterra,

se comprenderá que no es el tipo ordinario (del que dista muchísimo) del marido mejicano. Así es, que cuando llegó la carta de M. Carewe ofreciéndome un contrato para rodar en los Estudios de la Fox de Hollywood, y me vió tan excitada, adoptó un aire muy grave y se rascó la oreja. Pensó que si corría esta aventura, podría encontrarme un poco embarazada al volver a mi mundo mejicano, porque en Méjico, una actriz no está muy bien considerada. Ninguno de mis amigos accedería a presentarme a una actriz en Méjico. De manera que pensamos que el mejor acuerdo sería consultar a mis padres. Y tuve suerte también en ello, porque como habían viajado tanto y habían visto tanto, tenían ideas muy liberales adquiridas durante sus peregrinaciones por el mundo. «Mira Dolores: si eso ha de hacerte feliz, no vaciles en ponerlo en ejecución», me dijeron.

Luego Jamie, no sabía si le gustaría vivir en una colonia de actores. Pero yo estaba segura de mi éxito, y a fuerza de mimos y zalamerías, pude conseguir que tomara el tren para Hollywood para que viera lo que allí pasaba. Finalmente, tuve noticias de su minucioso examen por un telegram que recibí, en el que me decía: «Es ciudad maravillosa; arregla tus maletas». Así lo hice, dejando mi casa tal como se encontraba, y me trasladé a Hollywood, a esta ciudad extraordinaria, donde nada más llegar, se me hizo rodar el film titulado «Jeanne», donde todo el mundo me ayudó, incluso los electricistas, ya que yo no sabía una palabra de inglés. Casi antes de darme cuenta exacta del lugar donde me encontraba, rodé siete veces y todo el mundo convenía en que yo tenía un gran éxito.

En «El precio de la gloria» desempeñaba un papel de francesa. En «Resurrección», con Rod la Rocque, tenía el papel de joven rusa, papel que encuadraba en mi carácter, muy dado a estudiar siempre las características de la raza eslava. Luego fué «Carmen» el film que ocupó todos mis sentidos. Siempre me ha gustado Carmen, pero una Carmen, joven y no vieja o de mediana edad, como por regla general nos la presentan; por eso yo la representé joven, lozana, en la plenitud de sus fuerzas y de su belleza, amante con delicadeza y cierta coquetería, pero sin ser fundamentalmente mala. Es una cigarrera con un corazón demasiado apa-

sionado, quizá demasiado grande para ser comprendido.

¿Que cuál es mi ambición más grande? A fe mía que no lo sé con certeza. Me gustaría desempeñar el papel de «Madame Butterfly» aun cuando no hiciera más films. No soy la actriz de cine que sacrifica todo a su carrera. El día que termine en mi actuación, pensaré en este paréntesis de Hollywood, como se piensa en una gran aventura, y Jamie hará lo mismo. Y una vez terminado esto, iremos a proseguir nuestra vida desde la página donde la dejamos, como si nada hubiera ocurrido. Es posible que viajemos por Europa o puede que volvamos a nuestra casa de Méjico. Por ahora no hacemos ningún proyecto, ya que, como antes he dicho, las cosas más hermosas son las que nos ocurren sin que las busquemos.

Una nueva costumbre de Stroheim

Según un repórter de «Los Angeles Times», Eric Von Stroheim, considerado hasta ahora como uno de los mejores y más originales «realizadores», pero también como un gran consumidor de película y de tiempo para cada una de sus producciones, va a modificar su manera de trabajar.

Stroheim, que dirige actualmente la realización de «La reina Quelly» la nueva película de Gloria Swanson, se ha fijado una duración máxima de veinte semanas lo que es verdaderamente sorprendente por su parte, teniendo en cuenta que en su última película empleó más de dos años.

El realizador de «La viuda alegre» trabajaba siempre con el mismo cuidado y la misma energía, pero se atiene estrictamente a su escenario escrupulosamente preparado, y no impresiona como antes, escenas cuya futura realización es dudosa.

Sin duda, comprende que los gigantes esfuerzos, que en estos últimos años ha hecho, los que la mayoría de las veces se perdían, eran vanos ya que al final tenía que dar el metraje habitual a películas que en un principio eran mucho más largas.

Sostener la calidad, y renunciar a la cantidad parece ser la nueva línea de conducta de este gran realizador.

Contrato de un «consultor»

Mr. Schenck Presidente de Los Artistas Asociados, ha contratado a Mr. Scarborough, como consultor para las películas habladas dramáticas.

Su primer encargo fué para «Masquerade», la nueva película de Griffith que se terminará en el mes de enero y en la que habrá una canción de Lupe Vélez.

BIOGRAFÍAS

Herbert Brenon, realizador de "El capitán Sorrell"

Herbert Brenon nació en Dublin, Irlanda, el 3 de enero de 1880. Su padre Edward St. John Brenon fue un conocido actor londinense y crítico dramático y su madre era natural, como él, de Dublin.

A la temprana edad de 16 años, determinó probar fortuna en el Nuevo Mundo, y el 4 de julio desembarcó en Nueva York.

Brenon encontró su primera colocación como mensajero del agente de vaudeville Joseph Vion con cuatro dólares a la semana. El ambiente que le rodeaba, desarrolló sus aficiones por el teatro, y poco después de haberle graduado William Collier, a la envidiable posición de botones del Daily's Theatre logró un puesto de «super» en un espectáculo llamado «Vida Deportiva» de la antigua academia de música, donde permaneció tres temporadas viéndose favorecido de vez en cuando con pequeños papeles.

Su primera verdadera ocasión se le presentó al unirse a la Compañía Walker Whiteside, y la experiencia de cerca de un año con dicha Compañía marcó un rápido progreso, en su arte como artista de carácter. A los 23 años ingresó en la Ferris Stock Company de Minneapolis y después de trabajar en ella durante varias temporadas, conoció y se casó con Elen Oberg, residente en la ciudad y sin ninguna relación con la profesión.

Malos tiempos empezaron para la Compañía Ferris, y Brenon comenzó a sentir las punzadas de la adversidad, sugiriéndole entonces su mujer la idea de formar una pareja de vaudeville, y, bajo la tutela de su esposo Mrs. Brenon adquirió rápidamente un gran acierto en su trabajo.

Durante varios años recorrieron el país con un éxito más que mediano, bajo el nombre de Brenon y Dowling estableciéndose luego en Johnstown Pa., donde llegaron a ser el alma de la compañía local.

No tardó mucho Brenon en asumir la completa dirección de la compañía empezando sus experimentos con la exhibición de películas en los entre actos, siendo ésta una de las primeras tentativas para combinar las dos formas de espectáculos. Su lista de proyección cuenta la película Biograph y Vitagraph, interpretadas por Maurice Costello, John Bunny, Florence Vidor, Lillian Walker y otros artistas favoritos del día.

Llevaba ya más de dos años en Johnstown cuando se construyó un pequeño cinematógrafo y Brenon comprobó que la clientela del Auditorium disminuía alarmantemente. Con un desesperado esfuerzo abandonó los es-

pectáculos teatrales convirtiendo el patio de butacas en pista de patinaje con películas como entretenimiento, pero el público no correspondió a sus esfuerzos y la tentativa fracasó por completo.

En marzo de 1906 nació su hijo Cyril y entonces Brenon se dedicó con más ahínco a buscar un medio de vida lucrativo y seguro. Había actuado y dirigido obras teatrales durante un considerable lapso de tiempo, y creía poder hacer lo mismo en el nuevo campo de la cinematografía por lo que se trasladó a Nueva York en busca de Carl Laemmle, director de la Independent Moving Picture Company, familiarmente conocida por la Imp. Company, que más tarde se convirtió en la actual Universal. Laemmle le dio una recomendación para el Director General Julius Stern y Brenon consiguió una plaza de escenarista y escritor.

Un año más tarde, en 1910, tuvo la primera ocasión de dirigir una película hecha en los Estudios de la compañía en California, y titulada «Todo por ella» con Augustus Balfour, que interpreta una pequeña parte de «El capitán Sorrell».

Brenon permaneció en la Imp. Co. durante tres años, actuando y dirigiendo, haciendo primeramente una película por semana, y luego dos al mes.

Para salir de la monotonía de esta rutina, persuadió a los poderes directivos que pusieran en práctica proyectos más ambiciosos, y su «Ivanhoe» y la sensacional «Hija de Neptuno», interpretada por Annette Kellerman, fueron los resultados.

«La Hija de Neptuno» fue la causa de que la «William Fox» pusiera en él su atención dirigiendo después «Una hija de los dioses», con la ambiciosa Annette Kellerman, como protagonista.

Con la Fox permaneció tres años, durante los cuales dirigió numerosas producciones «vampirescas» de Theda Bara. En 1916 empezó su primera producción independiente «Novias de Guerra» en la que presentó por primera vez en la pantalla a Alla Nazimova.

Esta película era una severa crítica de la guerra y en sus primeras exhibiciones mereció generales alabanzas pero antes de que pudiese exhibirse nacionalmente, el Gobierno americano, próximo a unir sus fuerzas con las de los aliados de la guerra mundial ordenó su suspensión con obvias razones, por lo que fue un total desastre financiero.

Este golpe arruinó a Brenon completamente durante algún tiempo.

Durante la guerra volvió de nuevo a Inglaterra yendo otra vez a América en 1918 para arreglar sus papeles sobre su ciudadanía americana, y regresó a Inglaterra donde se le ofreció una oportunidad para dirigir una película. Finalmente consiguió un contrato con la Select Film Co. Cia. Inglesa para la que hizo un película interpretada por Marie Dore.

Este contrato le ayudó a reponerse y otro con la «Unione Cinematografica Italiana», de Roma, que le ofrecía la dirección de media docena de programas de películas, acabó de asegurarle.

En 1920 volvió a América, con la amistosa ayuda de Joseph M. Schenk para quien dirigió varias producciones, entre las que se hallan «Flor de pasión» y «El aviso en la puerta», de Norma Talmadge.

Al terminar este contrato volvió por un año con la Fox, haciendo dos películas especiales con William Farnum como estrella.

En 1922 Brenon aceptó un contrato por largo plazo con Josse L. Lasky, para trabajar con la Paramount. Durante los cinco años que permaneció con esta Compañía Brenon produjo notables películas entre las que sobresalen «Peter Pan», «Un beso de Centauro», «La pequeña francesita», «La calle de los Hombres Olvidados», y la más reciente, «Beau Geste». Una divergencia de opiniones sobre las posibilidades de taquilla de «El capitán Sorrell» la popular novela de Warwick Deeping, que Brenon aconsejaba que comprase la Famous Players Lasky Co. precipitó su separación de esta compañía.

Una vez independiente Brenon compró por su cuenta los derechos de filmar la novela, y con el apoyo de su amigo y consejero Joseph M. Schenk empezó su segunda producción independiente, pero esta vez bajo los auspicios de la Compañía de Los Artistas Asociados.

H. B. Warner, Anna Q. Nilson, Alice Joyce, Nils Asther, Carmel Myers, Louis Wolheim Norman Trevor y Mary Nolan forman el elenco de «El capitán Sorrell», según la adaptación cinematográfica de la popular novela «Sorrell and Son» («Sorrell e Hijos»)

Brenon ha dirigido cerca de 300 películas. Entre los artistas famosos que han hecho su debut bajo los auspicios de Brenon, figuran Messrs. Leslie Carter Sir Johnson Forbes-Roberston, Nance O'Neil y Alla Nazimova.

Brenon ha descubierto a Richard Barthelmess, Bert Lytell, Betty Bronson, Esther Ralston y Mary Brian.

PERDIDOS en el POLO

Relación cinegráfica de la expedición H. A. Snow al Polo Norte

En los primeros días de la primavera de 1913, el explorador Stefansson, subvencionado por el Gobierno canadiense, emprendió el viaje al Polo Norte, en misión científica. Pero, como sucede siempre, o casi siempre, en aquellas inhospitalarias y desiertas latitudes, un drama horroroso le esperaba: su barco, el «Karluc» fué aprisionado por los hielos, arrastrado en un recorrido de un millar de kilómetros aproximadamente para, por fin, estrellarse contra los icebergs. Nada quedó de aquel valiente velero. Fué a sepultarse en los helados abismos polares. Afortunadamente toda la tripulación había podido salvarse, y cuando vieron próxima la catástrofe, ocho de los hombres que componían la dotación del barco, se dirigieron a la isla Herald con la esperanza de encontrar algunos restos del barco que los había llevado hasta allí. Vano esfuerzo; viaje imprudente por su temeridad ya que nunca más se supo nada de los exploradores; el hielo del Polo los cubrió con su blanco manto de armiño.

Tales tragedias no son raras en aquellos parajes, llegando a conmover a todo el universo. De la expedición de Stefansson se habló largamente. Se estudiaron muchos proyectos para salir en su busca, pero hasta diez años más tarde en que Mr. Snow y su hijo Sidney, a la vez sabios y exploradores, determinaron hacer un viaje al Polo, nada eficaz, se llevó a la práctica. Su objeto era, procurarse cuantos documentos fotográficos les fuera posible de su crucero y tratar de descubrir el misterio en que estaban envueltos los ocho nombres que nunca más volvieron.

Durante su ruta los dos audaces viajeros tomaron vistas de todos los habitantes que pueblan las dilatadas llanuras polares: las mairas, los cormoranes, esos pájaros de rápido vuelo y enormemente ladrones y gítonos que no quieren el alimento si no se lo sacan a su madre del buche, las focas, cuyos machos emprenden verdaderas luchas a muerte para

conquistar la dirección del rebaño o manada, las ballenas revolviéndose airadas contra los aguzados arpones... Ellos mismos se dedicaron a la caza y a la pesca durante la interminable travesía que debía conducirles a la isla Herald. Mataron ballenas, capturaron osos blancos, mientras esperaban el momento en que su buque pudiera surcar la líquida superficie a través de los helados bloques flotantes.

Y, un buen día, sus corazones latieron con violencia a la vista de la isla Herald.

Allí era donde diez años antes, dos valientes exploradores habían encontrado la muerte. Una vez en la fatídica isla, se preguntaron con ansia qué es lo que irían a descubrir en ella. La isla Herald emergía como una tumba blanca, guardando uno de los más trágicos misterios de las regiones árticas. En los diez años transcurridos desde la desaparición de los exploradores, era la primera vez que el estado de los hielos permitía a un barco el acceso hasta ella. No había más que un solo lugar para abordarla, y eso yendo deprisa antes que el hielo amenazara aplastar entre sus potentes brazos a los barcos que se atrevían a dar aquel arriesgado paso. Entonces comenzó la fúnebre exploración. Vieron un trineo, la primera prueba de que los desaparecidos habían seguido hasta llegar a aquellas latitudes. Luego encontraron pedazos de lona, con los que fabricaron una especie de sacos para colocar las osamentas de los hombres que se encontraban desaparecidos por el hielo. ¿Cómo habían encontrado la muerte aquellos hombres? No era empresa fácil reconstituir su trágica odisea, más que por los objetos que habían dejado cuando les sorprendió la muerte. Allí había un reloj. ¿Qué había ocurrido a la hora trágica en que su tic-tac dejó de sonar?

Con algunas piedras recogidas en aquel lúgubre paraje, M. Snow y su hijo Sidney erigieron rápidamente un monumento, escribiendo luego en

un trozo de papel gris, las siguientes líneas:

«Los firmantes de este documento, Pane y Sidney A. Snow, del buque «Herman», declaramos haber recogido piadosamente los restos de los ocho hombres de la expedición Stefansson habiendo izado después la bandera de los Estados Unidos».

De pronto se oyó un fuerte chasquido de la madera del buque; aquello era una señal. ¡El hielo! ¡el hielo! Era preciso volver si se quería escapar con vida al terrible destino de que habían sido víctimas los viajeros del «Karluc»...

Maurice Leloir, a París

Maurice Leloir, célebre artista francés y una de las principales autoridades del arte, vestidos y modales del siglo XVIII y que en estos últimos meses ha actuado como inspector de arte para la producción de Douglas Fairbanks «La máscara de hierro», está en camino de París.

Salió en el vapor «Ille de France» para pasar en su casa las vacaciones de Navidad. Mr. Leloir que recientemente cumplió 75 años, fué contratado por Douglas para que le indicase los vestidos apropiados para su producción «La máscara de hierro», e ilustrarle sobre la autenticidad de los cuadros y detalles que se relacionan con los cuatro soldados más valientes de Francia.

Las pinturas y acuarelas de M. Leloir, se encuentran en los principales museos del Mundo Hay dos en el Metropolitan Museum de Nueva York. Entre los antepasados de M. Leloir figura una ininterrumpida línea de artistas y escultores desde el siglo XVIII.

Fundó la Sociedad de Acuarelistas Franceses y «The Historical Costume Society». Sus bosquejos ilustraron la edición de lujo de la novela de Dumas «Los Tres Mosqueteros», los que son famosos en todo el Mundo. En 1900 se nombró a M. Leloir Caballero de la Legión de Honor.

Al acabar su trabajo en «La máscara de hierro», el distinguido artista acompañado de su secretario, partió de Hollywood.

En el tren se le presentó un artístico pergamino ejecutado por Laurence Irving y firmado por todos los que trabajaron en «La máscara de hierro».

Unos metros de color local

Después de diez días de trabajo intenso en Nueva York, Vilma Banky, su director Alfred Santell, la Cia. de Samuel Godlwyn y el cuerpo técnico, partieron de nuevo para la costa con objeto de completar la nueva película de miss Banky en los Estudios de Hollywood. Ellis Island, Brox y la Quinta Avenida, fueron los sitios filmados con objeto de dar un color local, auténtico a esta película, en que se retrata la primera impresión de una muchacha inmigrante que llega a América.

James Hall, que la Paramount ha prestado a los Artistas Asociados, para ocupar el sitio de Robert Montgomery, se encontrará en Chicago.

«La danzarina sagrada», y la Prensa norteamericana

He aquí algo de lo que dicen de esta película los periódicos de Nueva York:

«World»: Gilda Gray demuestra de nuevo que es una de las mejores actrices dramáticas de la pantalla. Gilda interpreta esta película admirablemente. No recuerdo ninguna artista de estos últimos años, que tantas reminiscencias tenga de Lillian Gish... en sus mejores creaciones. Es hermosa, el triunfo es de una artista como Gilda Gray.

«Graphic»: Es el mejor film de Gilda Gray. Una película digna de ser vista. Nunca se ha visto a miss Gray tan hermosa, pone en sus esfuerzos dramatismo, la misma personalidad que distingue sus danzas. Los escenarios son sorprendentes y originales. «La danzarina sagrada» será un éxito poco corriente con una artista como miss Gray.

«News»: Excelente creación de Fred Niblo. Fotográficamente, esta producción es altamente interesante. Hay un ritmo natural en todos los movimientos de Gilda Gray y Gilda es una artista. Tiene un raro encanto que la cámara ha recogido con exactitud asombrosa. Sus bellos labios, sus ojos oblicuos, el contorno eslabo de su cara, la hacen admirable; es esta película tan diferente de las demás, que no hay comparación posible.

«Journal»: Gilda Gray ha causado sensación. Escenarios poco corrientes y bellas fotografías.

«Sun»: Cuando miss Gray baila, es admirable; «La danzarina sagrada» nos da la oportunidad de admirar sus conocimientos artísticos de la danza. Está simplemente fascinadora, en sus dos bailes de «La danza sagrada»; también son interesantes los escenarios de Willy Pogany, la luz, el conjunto y el populacho. Pocas veces se había logrado en cinematografía, tan sorprendentes efectos.

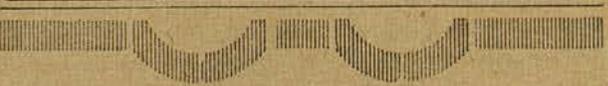


Nuestro Concurso Permanente de Dibujos y Caricaturas



Agotados los originales "publicables" que veníamos publicando, a partir de hoy vuelve a abrirse la admisión de dibujos.

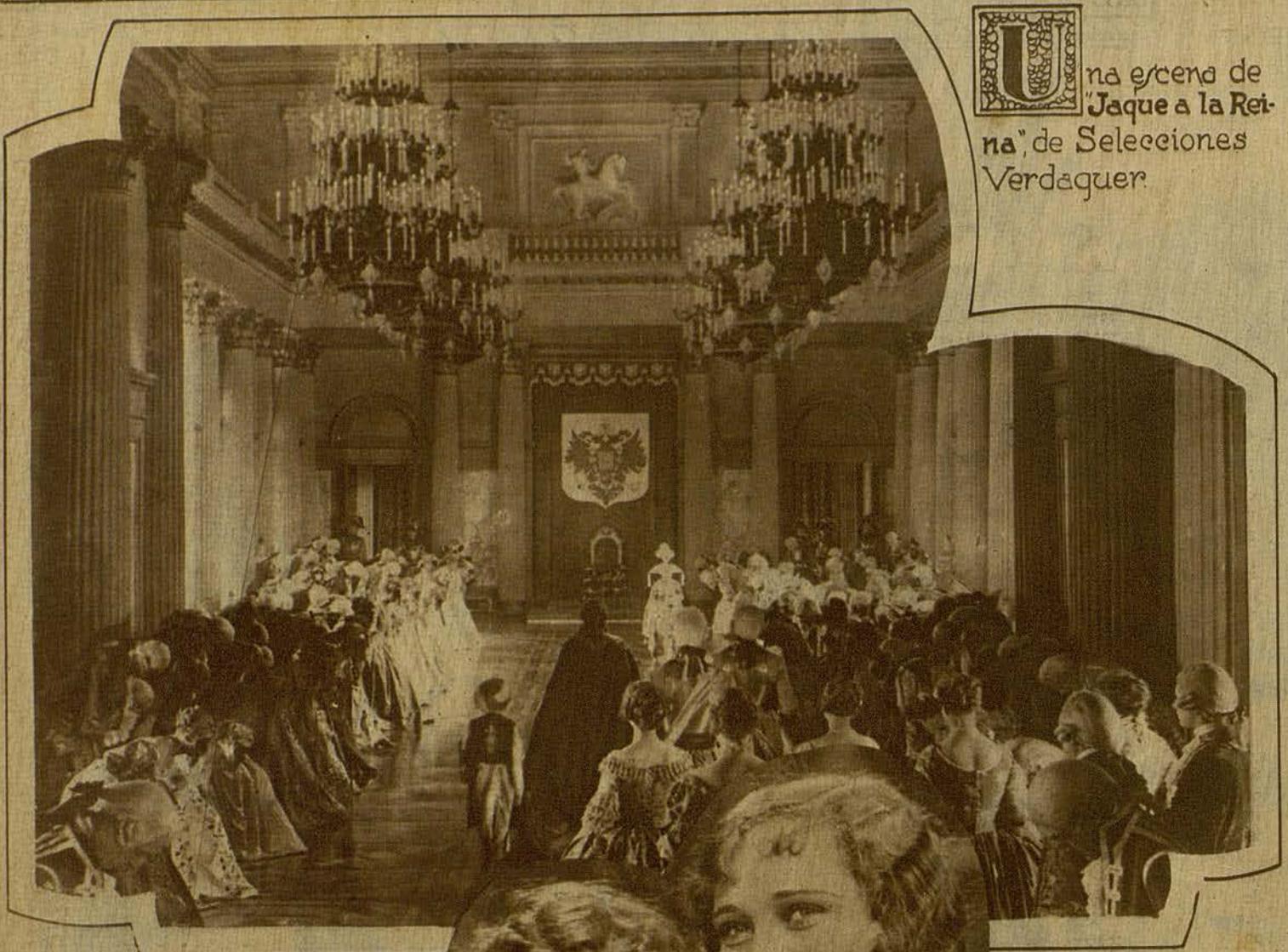
Los que todavía no han alcanzado premio, pueden obtenerlo aún. Pero es indispensable que cada dibujo venga acompañado de un cupón.



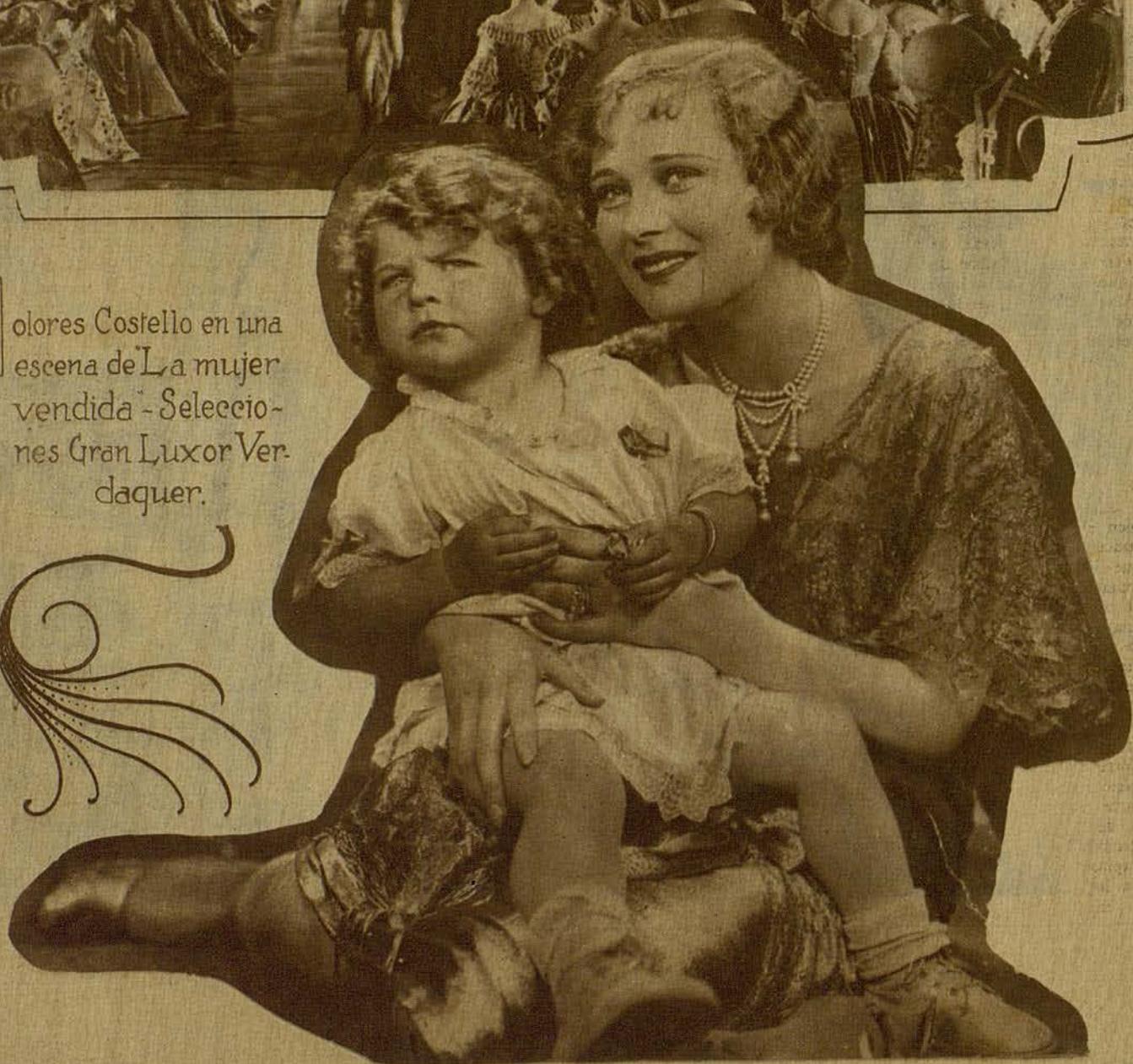


La pareja que secunda a Jackie Coogan en la producción M. G. M. "El pequeño cornetín."

Una escena de
"Jaque a la Rei-
na", de Selecciones
Verdaquer.

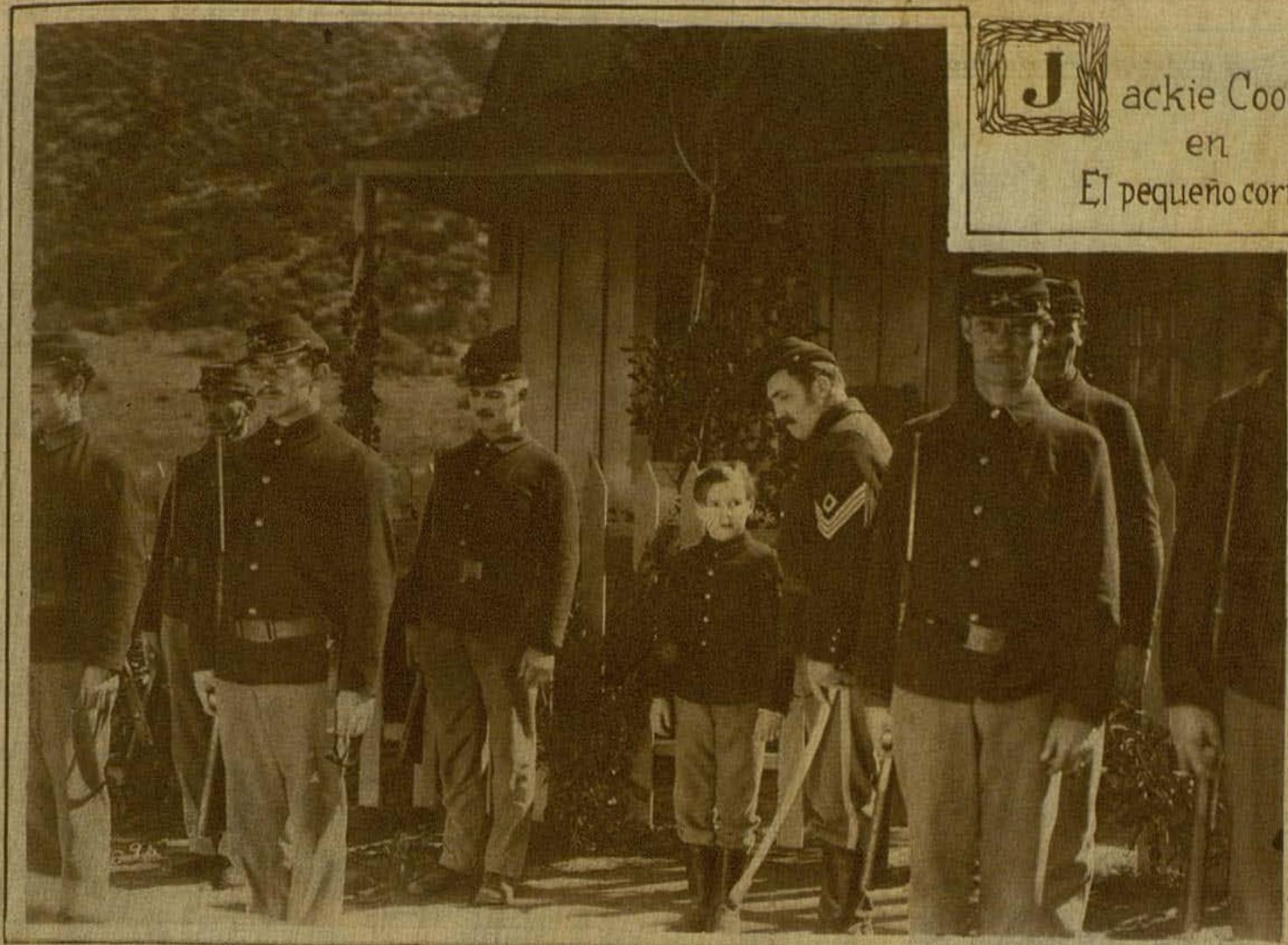


Dolores Costello en una
escena de La mujer
vendida - Seleccio-
nes Gran Luxor Ver-
daquer.





Jackie Coogan.
en
El pequeño cornetín



na escena de
"La mujer
marcada"



256-109



Pepita Llacer, célebre artista española, creadora de aires regionales, que va a dedicarse al séptimo arte para el que reúne grandes aptitudes